

Grimoard, su hermano, nacido tambien como él en Grisac, y canónigo regular de San Agustín. El segundo fué Guillermo Sudre, noble francés, nacido en la diócesis de Tulle, célebre religioso de la órden de dominicos, obispo de Marsella de donde luego pasó á Ostia.

El Papa no sabia desprenderse de la gran cuestion de la reunion de las dos iglesias latina y griega. Envió legados á Miguel Paleólogo para apresurar el éxito de tan importante empresa. Al propio tiempo hizo público Urbano el deseo que tenia de regresar á Roma.

Marchó acompañado de cinco galeras venecianas, tres pisanas, y muchas otras de la marina de Génova, á los 20 de Mayo de 1367, á pesar de las instancias de diversos soberanos, algunos cardenales, y de casi todos los cortesanos. Llegó felizmente á Génova cuatro dias despues.

Urbano V era el sexto pontífice que habia reinado en Aviñon. Clemente V el primero que habia trasladado la silla pontificia á Francia en 1305. Despues de él, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, é Inocencio VI habian continuado en imponerse este voluntario destierro, lejos de su capital y de su rebaño. Además, estos pastores se habian establecido en Aviñon como si no hubieran debido moverse: ellos habian comprado la soberanía á la reina Juana de Nápoles, condesa de Provenza, habian edificado palacios, y demostraban su afecion por esta morada, en medio de un pueblo sin turbulencias y de una nobleza sin ambicion. Se cree era lugar mas propio para las fiestas y placeres, que para las ceremonias piadosas. A pesar de todo ¿era prudente entregarse á esta molicie, abandonando así á Roma, aun cuando hubiera habido reales temores de persecuciones? La sujecion en la que la Francia é Inglaterra buscaban siempre retener á los pontífices, excitaba las quejas de la cristiandad. Pero nada tiene esta que reprochar al pontífice reinante: Urbano V ha marchado para Italia.

Llega á Génova; el dux y la nobleza le reciben en un espléndido palacio. El 4 de Junio llega Su Santidad á Corneto, donde el cardenal Albornoz sale á recibirle con una multitud de prelados y nobles romanos.

Sale el Papa de Viterbo para Roma, donde entra 63 años des-

pues de la muerte de Benedicto XI. Se le recibe con los honores debidos al soberano y jefe de la Iglesia y es visitado por el emperador Carlos IV, Pedro rey de Chipre, y la reina Juana de Nápoles.

El emperador habia salido al encuentro del Papa hasta Viterbo. Cuando Urbano hizo su entrada á caballo, el emperador y el conde de Saboya sostenian el freno cada uno de su lado. La emperatriz llegó algunos dias despues, coronándola el Papa el dia de Todos los Santos, en la celebracion de la misa. Se dice que el emperador reemplazaba las funciones de diácono, pero no leyó el Evangelio, lo que no podia hacer hasta el dia de Navidad.

Salió el Papa de Roma para evitar los calores, á los 11 de Marzo de 1367; tomó el camino de Viterbo. donde decidió á favor de los dominicos, el litigio que sostenian contra los cistercienses, relativamente al cuerpo de Santo Tomás, que los últimos poseian en *Fuossa-Nuova*, de donde sus reliquias fueron trasladadas á la Iglesia de dominicos de Tolosa, tal como lo han dicho los Bollandistas.

La órden de los *jesuatos* habia sido fundada en 1360 por el bienaventurado Juan Colombini, noble sienés, antes revestido del cargo de *Gonfaloniero* (primera dignidad de su república). Despues de haberse separado de su mujer, y con su asentimiento, el fundador, al frente de sesenta de sus compañeros, coronados de hojas de olivo, se presentó al Papa, quien aprobó la órden, dándoles la regla de San Agustín.

El pío fundador murió á los 31 de Julio de 1367, el mismo dia en que murió despues San Ignacio de Loyola fundador de los jesuitas. La órden de los *jesuatos* fué extinguida por Clemente IX en 6 de Diciembre de 1668, y Colombini continuado por Gregorio XIII en el martirologio romano.

El 15 de Abril de 1369, Urbano canonizó á San Eleazar, conde de Sabran; despues marchó á Viterbo para evitar los calores. Allá, los peruginos, que querian sustraerse del poder de la Santa Sede, le declararon la guerra. Llegaron hasta las puertas de Viterbo, poniendo á fuego y sangre todos los lugares en que entraban. El Santo Padre, que conocia cuanto estos ataques fortificaban al partido de los que querian regresar á Aviñon, publicó una cruzada contra los de Perugia, y llegó á someterles.

En este año, convencido Paleólogo de las benéficas intenciones del Padre Santo, se fué á Roma. Se postró á los piés del Pontífice universal, quien le recibió casi con los mismos honores que se tributaban al emperador de Alemania. Paleólogo, en la Iglesia del Santo Espíritu, abjuró el cisma, jurando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; que la Eucaristía puede celebrarse tanto con el pan ácimo, como con el fermentado, y que el pontífice romano tenia la primacia sobre todas las iglesias del mundo. Se redactó un acta de este juramento en griego y en latin. El emperador la cerró con un sello de oro, y la entregó al Papa para que la conservara en los archivos de la Iglesia.

En 21 de Octubre, el emperador fué á San Pedro. El Papa revestido con sus hábitos pontificios, le recibió en lo alto de la escalera; el emperador se arrodilló, besó los piés del Pontífice, se levantó, y le besó la mano y la boca. Entraron juntos en la Iglesia donde Urbano entonó el *Te-Deum* y celebró la misa; luego le dió una espléndida comida.

En 1370, Urbano tuvo la satisfaccion de saber que los griegos empezaban á reconocer de buena fé la supremacia de la Iglesia romana. La princesa Clara, viuda del príncipe Alejandro, jefe de los valacos, habia abrazado la fé católica. Una de las hijas del príncipe de Bulgaria siguió este ejemplo. Regresaron á la Iglesia esta vez los moldavos, albaneses, rusos y georgianos.

La guerra entre los reyes de Aragon y Navarra, entre los franceses é ingleses, y quizás tambien la revuelta de los perugios, vista tan de cerca por el mismo Papa, inclinaron á algunos cardenales, que amaban las delicias de la Provenza y la paz de que gozaban en medio de estos pueblos cuerdos y amigos de las artes, á suplicar su regreso á Aviñon. Urbano cedió y conoció la extension de la falta que habia cometido nombrando tantos cardenales franceses, ó de la proviucia de Aquitania.

Las lágrimas de los romanos, que ciertamente ningun disgusto habian dado al Papa, nada pudieron conseguir. Este se excusó declarando que él y su córte agradecian infinito las pruebas de respeto que habian merecido, y que él no tenia otros motivos para dejarles, que las nuevas necesidades de la Iglesia, y el estado de ostilidad continua en que se encontraba una parte de la Europa.

Pedro, príncipe real de Aragon, y religioso de la órden de menores, uno de los mas adictos á la Santa Sede y que mas habia instado á Urbano para regresar á Roma, suplicó á éste vivamente no emprendiera el camino de Aviñon; le hizo ver que podia organizarse un cisma en que moririan una infinidad de inocentes cristianos. Finalmente, Santa Brígida dijo al Papa, que la Virgen le habia revelado que si él partia, apenas llegado á Provenza, moriria; lo que sucedió así.

Nada pudo detener á Urbano y persistió en su determinacion peligrosa. Habia vivido en los Estados pontificios tres años y nueve meses. En 26 de Agosto salió de Montefiascone, y se embarcó cerca de Corneto á los 5 de Setiembre de 1370, en un magnifico buque escoltado por muchos otros de diferentes naciones. Entró en Marsella á los 16 de Setiembre, y de nuevo en el palacio de Aviñon á los 21 del mismo.

Habia empezado Urbano á escribir afectuosas cartas para recomendar la paz, cuando fué atacado por una fiebre continua, durante la cual no quiso despojarse de los hábitos religiosos.

Cada dia empeoraba su enfermedad; entonces se hizo trasladar del palacio apostólico al de su hermano el cardenal de Albano, donde murió el 19 de Diciembre, á los 61 años de edad.

Urbano gobernó la Iglesia ocho años, un mes y veinte y tres dias.

Fué amortajado con los hábitos de su religion, y depositado en la capilla de Juan XXII, que forma parte de la Iglesia de Santa María *in domnis*. El último de Marzo de 1371 fué trasladado á Marsella, donde se le enterró en la Iglesia de San Victor, de la que habia sido abad. Gregorio XI, su sucesor, encomendó á diez cardenales que acompañasen el cuerpo y honrasen esta pompa, que el mismo habia dispuesto.

Adornaban á Urbano la mas bellas virtudes, y todas las que convenian á su dignidad suprema.

Los reyes de Francia eximieron de los impuestos por largo tiempo el país en que habia nacido.

Waldemaro, rey de Dinamarca, con motivo de los milagros que despues de su muerte habia obrado este Papa, suplicó su canonizacion á Gregorio XI el que trasladó á Roma la silla Pontificia despues de haber estado ausente de la capital del mundo cristiano

setenta y un años, siete meses y once días, que fué el tiempo transcurrido desde que Clemente V fijó oficialmente su residencia en Aviñon.

Vamos á ocuparnos de este Pontificado.

Diez dias despues de la muerte de Urbano V, esto es, el 30 de Diciembre de 1370, fué elegido para el supremo Pontificado el cardenal Pedro Rogerio, que tomó el nombre de Gregorio XI. Por su primera constitucion, declaró que la basilica de San Juan de Letran era la primera silla del Soberano Pontífice, y la primera en dignidad entre todas las Iglesias, en lo que demostró desde los primeros dias de su Pontificado sus ideas con respecto á restituir á Roma la silla de San Pedro.

En 1371, en el mes de Junio, encontrándose Gregorio XI en Aviñon, hizo una promocion de doce cardenales, uno español, otro que pertenecia á la familia de los condes de Ginebra, y los demas franceses.

En 1372 mandó por primera vez celebrar en Occidente, en 21 de Noviembre, la fiesta de la Presentacion de la bienaventurada Virgen María.

Pedro, rey de Chipre, envió al Pontífice el oficio de esta solemnidad, puesto en música y tal como se cantaba en Oriente. Gregorio le aprobó haciéndole ejecutar en la Iglesia de menores de Aviñon, propagándose de allí por todo el Occidente.

He aquí un hecho que contribuyó en gran manera á que Gregorio XI se afirmase en su propósito de trasladarse á Roma.

Encontrándose un dia con un obispo extranjero que residia en Aviñon, el Papa le dijo: «¿Qué haceis vos aquí? ¿porque no regresais á vuestra Iglesia, que debeis amar como á vuestra esposa?» El obispo respondió con entera libertad: ¿Y vos, tambien, Santo Padre, por qué no regresais junto á vuestra esposa, mucho mas ilustre y atractiva que la mia?

El Papa no se dió por ofendido, y antes por el contrario, como antes hemos dicho, sirvióle aquella respuesta para afirmarse en sus propósitos.

Santa Catalina de Sena y Santa Brígida no dejaban de pedir al Papa regresase á Roma, demostrándole lo mucho que esta traslacion importaba al bien de la Iglesia.



que fué el tiempo tras-

lucido de su Pontificado.

En el mes de Agosto de Urbino V. esto es, el 30 de Agosto de 1370, para el segundo Pontificado el papa Gregorio XI, que tomó el nombre de Gregorio XI. Por sus decretos mandó que la basílica de San Juan de Laterano fuera el lugar del Pontificado, y la primera de las iglesias, en lo que demostró desde los primeros días de su Pontificado con firmeza con respecto á restituir á Dios la silla de San Pedro.

En 1371, en el mes de Junio, mandó que Gregorio XI en Aviñon, hizo una promoción de doce cardenales, uno de ellos, era que pertenecía á la familia de los condes de Ginebra, y los demás franceses.

En 1372 mandó por primera vez celebrar en Occidente, en 21 de Noviembre, la fiesta de la Presentacion de la bienaventurada Virgen Maria.

El Rey de Chipre, envió al Pontífice el oficio de esta solemnidad, como se cantaba en Oriente. Gregorio XI mandó que se ejecutara en la Iglesia de menores de Aviñon, y se propagara de allí por todo el Occidente.

He aquí un hecho que demuestra en gran manera á que Gregorio XI se aferraba en su propósito de trasladarse á Roma.

Encontrándose en Aviñon, un obispo extranjero que residia en Aviñon, el Papa le dijo: «¿por que no regresas á vuestra Iglesia, que os trata como á vuestra esposa?» El obispo respondió con mucha libertad: «Y vos, tambien, Santo Padre, por que no regresáis tambien á vuestra esposa, mucho mas querida y atractiva que la nuestra».

El Papa no se dio por ofendido, y antes por el contrario, como si quisiera burlarse, mandó aquella respuesta para afirmarse en su propósito.

Los cardenales de Aviñon y Santa Romana no dejaban de pedir al Papa que se trasladara á Roma, y mucho que esta trasla-



Oigamos sobre estos sucesos al citado historiador de la vida de los Pontífices Romanos, Artaud de Montor:

«Es cierto que, independientemente de estas solicitudes, el Santo Padre había recibido una embajada de los romanos, los cuales, en caso de resistirse el Papa, habían convenido secretamente elegir pontífice (Novaes 4.º 203) al abad de Monte-Cassino, su conciudadano (Baluzio, p.ª 1195) que prometía no abandonar á Roma. Entonces Gregorio declaró que partía, y lo anunció oficialmente al Emperador, á diversos soberanos, y á todos los señores y pueblos de Italia.

Apenas supo el rey de Castilla esta resolución positiva del Santo Padre, atendida la vecindad del Pontífice que le alentaba para perseguir á los sarracenos, manifestó con una expresiva carta el disgusto que le causaba esta partida. Gregorio respondió que habiendo considerado, delante de Dios, la utilidad que reportaba á la Iglesia la vuelta de la autoridad de la Santa Sede á Roma, se encontraba en la necesidad de cumplirla; pero que á pesar de todo llevaría en su corazón la memoria del rey y de sus súbditos. Al propio tiempo ofreció todas las gracias apostólicas que podía conceder.

Cárlos V hizo también muchas diligencias para retener á Gregorio. Esta comisión fué confiada al duque de Anjou, hermano de este monarca. Manifestó el duque que tal partida alarmaba al rey, y que el Santo Padre iba á correr en Italia graves peligros en la ingrata Roma, que no sabía dar por mucho tiempo una agradable residencia al Papa.

Algunos cardenales unieron sus súplicas á las de los dos monarcas; los parientes del Papa sobrevinieron también y le molestaron con sus interesadas quejas: los parientes son fácilmente admitidos en las cortes de los príncipes y les está permitido atormentar á los espíritus irresolutos con siniestras predicciones, continuamente repetidas.

Gregorio fué inflexible, y respondió que no podía faltar á su palabra; que había hecho un voto á Dios, y que sostendría una promesa que ningún poder le haría revocar.

El autor de la cuarta vida de Gregorio XI, que se encuentra en Baluzio, añade que la madre del Pontífice, arrodillada en la puerta